de Berquin, unos trozos de Fenelon y de Bernardin de Saint-Pierre, que ya en aquel tiempo me entusiasmaban; la *Jerusalen libertada*, *Robinson*, algunas trajedias de Voltaire, y en particular *Merope*, que me leyó mi padre en las veladas; tales fueron los depósitos dónde bebí, como la planta en la tierra, los primeros jugos alimenticios de mi inteligencia juvenil. Pero, sobre todo, bebia en el alma de mi madre, leia á través de sus ojos, sentia á través de sus impresiones, amaba á través de su amor; todo me lo traducia por ella; naturaleza, sentimientos, sensaciones, pensamientos. No hubiera podido comprender nada de la creacion que se presentaba ante mis ojos, si ella no lo hubiese puesto al alcance de mi inteligencia, porque su alma era tan luminosa, tan ilustrada y tan vehemente, que no dejaba tinieblas ni frialdad en ninguna cosa. Al hacérmelo comprender todo poco á poco, lograba tambien que todo me inspirase amor. En una palabra, la instruccion, tan insensiblemente como yo la recibia, no era una leccion, sino la accion misma de vivir, de pensar, y de sentir, ejercida á su vista, con ella y por ella. Así se iba formando mi corazon sobre un modelo que no tenia ni aún el trabajo de examinar; de tal manera se fundia con mi propio corazon.

VIII.

Mi madre se cuidaba muy poco de lo que se entiende por instruccion: no aspiraba á hacer de mí un muchacho adelantado para mi edad, ni pretendia

que se despertase esa emulacion, que no es otra que la escitacion del orgullo de los niños. No me permitia compararme á nadie, no me ensalzaba ni humillaba tampoco nunca con comparaciones peligrosas. Juzgaba, con razon, que una vez desenvueltas mis facultades intelectuales con los años y la salud del ánimo y del cuerpo, tomaria, con tanta velocidad como otro cualquiera, ese baño de griego, de latin y de guarismos de que se compone la superficialidad literaria, á que dan el nombre de educacion. Lo que deseaba ante todo, era hacer de mí un niño dichoso, un espíritu recto y un alma apasionada; una criatura de Dios y no un maniquí de los hombres. Tales eran las ideas que, acerca de la educacion, habia encontrado en primer lugar en su alma, y despues en J. J. Rousseau y en Bernardin de Saint-Pierre, esos dos filósofos de las mujeres, porque lo son de sentimiento. Los habia conocido ó visto en su infancia en casa de su madre; despues los leyó devorándolos con ánsia; y ademas habia oido, siendo muy jóven aún, debatir mil veces sus sistemas por Mad. de Genlis y por las personas doctas encargadas de la educacion de los hijos del duque de Orleans. Sabido es que aquel príncipe fué el primero que se decidió á aplicar las teorías de esta filosofía á la educacion de sus hijos. Mi madre, criada con ellos y casi como ellos, debia trasladar á los suyos las tradiciones de su infancia, y lo hacia con tacto y con discernimiento. No confundia lo que conviene enseñar á los príncipes, colocados por su nacimiento y por sus riquezas en la cumbre del órden sócial, con lo que se necesita

hacer aprender á los hijos de las familias pobres y oscuras, colocadas junto á la naturaleza en las condiciones modestas del trabajo y de la sencillez. Pero comprendia que, en todas las condiciones de la vida, era ante todo preciso el formar un hombre; y despues de formado ya el hombre, es decir, el ser inteligente, sensible en relaciones equitativas consigo mismo, con sus semejantes y con Dios, poco importaba que fuese príncipe ú obrero; era lo que debia ser; estaba bien lo hecho, y llevada á cabo la obra de su madre.

Bajo este sistema me criaba la mia, dándome una educacion filosófica de segunda mano; esto es, una educacion filosófica corregida y dulcificada por la maternidad.

Físicamente esta educacion procedia en gran parte de Pitágoras y del *Emilio*. Así es que la suma sencillez en el vestir y la más rigorosa frugalidad en los alimentos, formaban su base principal. Hallábase convencida mi madre, y respecto á esto, participo aún de sus convicciones, que el matar á los animales para alimentarse con su carne y su sangre, es una de las más sensibles y vergonzosas debilidades de la condicion humana; una de esas maldiciones echadas sobre el hombre, ya por su decadencia, en una época desconocida, ya por el endurecimiento de su propia perversidad. Creia, y participo de la creencia de mi madre, que estos hábitos de endurecimiento de corazon para con los animales más inofensivos, que nos acompañan, nos auxilian, y son, por decirlo así, nuestros hermanos en trabajo y en afecto; que esas

inmolaciones, ese apetito de sangre, ese espectáculo de carnes palpitantes, concluyen por embrutecer y hacer feroces los instintos del corazon. Opinaba, y yo tambien, que esos manjares, más suculentos y enérgicos en la apariencia, contienen en sí principios irritantes y pútridos que vician la sangre y abrevian la vida. Citaba, en apoyo de sus ideas de abstinencia, las poblaciones numerosísimas y apacibles de la India, que se privan de todo lo que ha tenido vida; las razas fuertes y sanas de los pueblos que se dedican á la cria y guarda del ganado, y aún la poblacion laboriosa de nuestras campiñas, que trabaja más y vive con más inocencia y por más tiempo, sin comer carne más que diez veces en su vida. Jamás me permitió que la probara hasta la edad en que entré en la agitada existencia de los colegios. Para quitarme el deseo si le hubiese tenido, no empleó razonamientos; pero se valió del instinto, que ejerce en nosotros mayor influjo que la lógica.

Tenia yo un cordero, regalo de un aldeano de Milly, al cual habia enseñado á que me siguiese á todas partes, como el perro más cariñoso y fiel. Nos queriamos con aquella primera pasion que los niños y los animales de corta edad se profesan naturalmente entre sí. Un dia dijo la cocinera á mi madre, en mi presencia: «Señora, el cordero está gordo, y el carnicero ha venido á buscarlo; ¿se lo lleva?» Yo lancé un grito, me precipité hácia el animal, pregunté qué era lo que querian hacer con él, y qué cosa era un carnicero. Respondióme la cocinera que era un hombre que mataba corderos, carneros, terneras

y vacas, por ganar dinero. No podia creerla. Imploré á mi madre, y al momento obtuve gracia para mi amigo. Algunos dias despues, que fué mi madre á la ciudad, me llevó consigo, y me hizo pasar, como casualmente, por el patio de una carnecería. En ella ví algunos hombres con los brazos desnudos y ensangrentados, que mataban una vaca, y otros que degollaban terneras y carneros, y que hacían cuartos sus miembros palpitantes aún. Por uno y otro lado humeaban arroyos de sangre. Apoderóse de mí una profunda compasion mezclada de horror, é insté vivamente para que pasásemos con velocidad. La idea de aquellas escenas horribles y desagradables, preliminares necesarios de cada uno de los platos de carne que veia servir en la mesa, hizo que tomase aversion al alimento animal, y horror á los carniceros. Si bien la necesidad de transigir con las condiciones de la sociedad en que vivimos me ha hecho comer despues de lo que todo el mundo come, no he podido ménos de conservar repugnancia fundada á la carne cocida; y siempre he sentido gran dificultad en no ver en el oficio de carnicero algo que tenga semejanza con el del verdugo.

Hasta la edad de doce años sólo me alimenté, por lo tanto, con pan, leche, legumbres y frutas, sin que por ello fuese ménos fuerte mi salud ni ménos rápido mi desarrollo; y quién sabe si soy deudor á este régimen de la pureza de facciones, de la esquisita sensibilidad de impresiones, de la dulzura inalterable de génio y de carácter que conservo hasta esta época.

IX.

En cuanto á ideas y sentimientos, observaba mi madre cómo se desarrollaban naturalmente en mí, cuidando de dirigirlos sin que yo mismo me apercibiese de ello. Su sistema no era hijo del arte, sino del amor, y por eso era infalible. En lo que fijaba especialmente la atencion, era en dirigir constantemente mis pensamientos á Dios, y en avivar de tal modo estos pensamientos por la presencia y aspiracion contínua hácia Dios en mi alma, que llegué á mirar la religion como un placer, y la fé como una plática con lo invisible. Y era casi imposible que no se lograse su empeño, porque su piedad tenia el carácter de la ternura, como todas sus demás virtudes.

Mi madre no era, hablando con precision, lo que generalmente se entiende por una persona de genio en este siglo, en que las mujeres se han elevado á tan grande altura de ideas, de estilo y de talento en todos los géneros; es más, que ni aun lo pretendia. Su inteligencia no se ejerció nunca en tan vastos asuntos. Jamás violentaba por la reflexion los resortes fáciles y elásticos de su flexible imaginacion, ni poseia el ejercicio ni el arte de la mujer superior de estos tiempos. Nunca escribia por escribir, y mucho ménos porque la admirasen; bien que lo hizo mucho ménos para sí y para hallar en el exámen de su conciencia y en los sucesos de su vida interior un espejo moral, un espejo en el cual, al mirarse con frecuen-

cia, pudiera compararse y perfeccionarse. Esta costumbre de formar un registro de su vida, en la cual ha perseverado hasta sus últimos dias, ha producido quince ó veinte volúmenes de confidencias íntimas entre mi madre y Dios, que he tenido yo la dicha de conservar; y en los cuales la vuelvo á encontrar aún con vida cuando necesito refugiarme en su seno.

Mi madre habia leido muy poco, temerosa de amortiguar su fé tan viva y tan sumisa á todo lo que creia ser la voz de Dios. No escribia con esa fuerza de concepcion y ese brillo de imágenes que caracterizan el don de la espresion. Hablaba y redactaba con la sencillez clara y pura de una mujer que nunca trata de profundizarse á sí propia, y que sólo se sirve de las palabras para espresar con precision su pensamiento; de la propia manera que usaba sus vestidos sólo para cubrirse, y no para embellecerse con ellos. Su superioridad no residia seguramente en su cabeza, sino en su alma. Dios ha colocado el genio de las mujeres en el corazon, cuyas obras son todas obras de amor. Ternura, piedad, valor, heroismo, constancia, pasion, abnegacion de sí misma, serenidad sensible, pero dominada por la fé y la voluntad en lo que sentia; tales eran los caractéres de aquel genio elevado, que cuantos la trataron hallaron en su vida y no en sus escritos. Sólo por el atractivo era por lo que se sentia uno fascinado al hallarse á su lado: superioridad que únicamente adorándola podia ser reconocida.

X.

El fondo de su alma consistia en un sentimiento inmenso, tierno y consolador de lo infinito. Era escesivamente sensible y escesivamente grande para las ambiciones pequeñas y mezquinas de este mundo: lo atravesaba sin habitarlo. Este sentimiento de lo infinito en todo, y más que en nada en el amor, habia debido convertirse para ella en una invocacion y en una aspiracion perpétua hácia el que es su fuente; es decir, hácia Dios. Puede decirse que vivia en Dios, tanto cuanto le es permitido esto á una criatura. No habia fase alguna de su alma que no estuviese vuelta constantemente hácia quien le dió el ser; que no fuese trasparente, luminosa, vivificada por ese rayo que, procediendo de lo alto, difundido directamente por Dios sobre nuestras ideas. Tal era la causa de que su piedad no se oscureciese nunca. No era devota, no participaba de ninguno de esos terrores estúpidos de Dios, de esas puerilidades, de esa servidumbre del alma, de ese embrutecimiento de ideas que constituyen la devocion de tantas mujeres, y que no son en ellas sino una infancia prolongada toda la vida, ó una vejez paciente y envidiosa, que se venga por medio de una pasion sagrada de las pasiones profanas de que no puede ya participar.

Toda la religion estaba en su génio, como en su alma. Creia humildemente, amaba con ardor, esperaba con firmeza. Su fé era un acto de virtud, y no

un razonamiento: mirábala como un don de Dios recibido de mano de su madre; que no podia sin delito examinar ó dejar llevar del viento. Con el tiempo, todos los deleites del rezo, todas las lágrimas de admiracion, todas las efusiones de su corazon, todos los cuidados de su vida, y las esperanzas todas de su inmortalidad, se identificaron con su fé, y formaban, por decirlo así, parte de su pensamiento, hasta tal punto que, perdiendo ó alterando sus creencias, hubiera creido perder á la vez su inocencia, su virtud, sus amores, sus felicidades en esta vida, y sus esperanzas de ventura en la otra; es decir, su cielo y su tierra. Esa era la causa de que se hallaran identificadas con ella uno y otra. Además habia nacido piadosa, como se nace poeta; la piedad constituia su ser; el amor de Dios su pasion. Mas esta pasion por la inmensidad de su objeto y por la seguridad misma de su goce, existia tranquila, feliz y tierna, como todas sus demás pasiones.

Aquella piedad era la parte de sí misma, que con mayor afan procuraba comunicarnos. Convertirnos en criaturas de Dios, en espíritu y en verdad, era el más maternal de sus pensamientos; y lo conseguia tambien sin sistema, sin esfuerzos, con ese maravilloso don de la naturaleza, superior á todo artificio. El sentimiento religioso que se traslucia en cada uno de sus hábitos, de sus acciones, de sus ademanes, nos circundaba, por decirlo así, de una atmósfera de cielo en medio de la tierra. Creíamos que Dios estaba detrás de ella, y que ibamos á escucharlo y á verlo, como parecia que ella misma lo veia, escuchaba y se comunicaba con él en cada impresion del dia. Presumíamos que Dios era como uno de nosotros, nacido en nuestro ser con nuestras primeras y más indefinibles impresiones. No recordábamos haberlo desconocido, ni habia pasado un sólo dia en que no nos hablaran de él. Le habíamos visto siempre como un mediador entre nosotros y nuestra madre. Su nombre llegó á nuestros labios con la leche materna, y aprendimos á hablar balbuceándolo. Segun íbamos creciendo se realizaban á nuestra vista, veinte veces al dia, los actos por los cuales se hace presente Dios, y aun sensible al alma. Habíannos acostumbrado á pronunciar cortas oraciones por la mañana, por la noche, y ántes y despues de comer. Durante mucho tiempo las rodillas de nuestra madre fueron nuestro altar familiar, y su radiante fisonomía se hallaba siempre velada en semejantes momentos por un recogimiento respetuóso y hasta cierto punto solemne, que imprimia en el alma el sentimiento de la gravedad del acto á que presidia. Despues que oraba con nosotros y por nosotros, su hermosa fisonomía se tornaba más dulce y más benéfica aún; comprendíamos que habia sobreescitado su voluntad y su alegría para que participásemos más y más de ellas.